

XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia.  
Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2017.

# **Espacialidades de la frontera colomnial: de los fortines a la tierra adentro.**

Nacuzzi, Lidia Vollweiler, Sabrina.

Cita:

Nacuzzi, Lidia Vollweiler, Sabrina (2017). *Espacialidades de la frontera colomnial: de los fortines a la tierra adentro*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/277>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**XVI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia**

Mar del Plata, Argentina 9, 10 y 11 de agosto de 2017

**Mesa 53. Espacios y territorios de frontera de América del Sur: procesos políticos, económicos e identitarios en los siglos XVIII y XIX.**

**Coordinadoras:** Lidia Nacuzzi, Eugenia Néspolo, Marcela Tamagnini y Graciana Pérez Zavala

PARA PUBLICAR EN ACTAS

**Espacialidades de la frontera colonial: de los fortines  
a la tierra adentro**

Lidia R. Nacuzzi (CIS – CONICET/IDES)

Sabrina Vollweiler (Universidad de Buenos Aires, Facultad Filosofía y Letras)

Más allá de su concreta instalación administrativa y territorial (con fuertes, tropas, pueblos o misiones religiosas), la frontera fue predominantemente un espacio de comunicación, negociación e intercambio entre grupos con culturas e intereses diversos. En ese espacio menos tangible se distinguían diversos protagonistas, tanto del lado hispanocriollo como del indígena: comandantes de los fuertes, soldados, milicianos, vecinos, pulperos, baqueanos, lenguaraces, indios amigos, capitanes y caciques, entre una gran variedad de sujetos, algunos de ellos desempeñándose como intermediarios culturales y políticos. En este sentido nos hemos referido a los “espacios de frontera”<sup>1</sup> como aquellos ámbitos sociales con límites espaciales flexibles, donde la frontera se redefine constantemente dependiendo de los distintos sujetos y grupos que transitan y circulan por esos territorios<sup>2</sup>. De este modo, la situación de frontera no se recorta sólo entre las líneas de precarios fuertes ni se identifica únicamente en los enclaves defensivos, sino que se mueve con las partidas de personas que transitan y circulan hacia adentro y hacia afuera de los

---

<sup>1</sup> Lidia Nacuzzi, “Los caciques amigos y los espacios de la frontera sur de Buenos Aires en el siglo XVIII”, *TEFROS* 12 [2] (2014): 103-139.

<sup>2</sup> Sobre la frontera como espacio poroso, permeable y dinámico, ver Mónica Quijada, “A modo de Epílogo” en *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX)*, comp. Lidia Nacuzzi (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002), 287-293.

espacios menos conocidos de los otros –fueran esos “otros” hispanocriollos o indígenas– por fuera o a través de las líneas de fortines y sus espacios de comunicación.

En un trabajo anterior nos hemos referido a las etapas de conformación de la frontera sur de Buenos Aires en los siglos XVII y XVIII, proponiendo dos momentos en su avance de manera muy general: primero la frontera en el río Salado y luego la frontera en las sierras bonaerenses. El primer momento de avance hasta el río Salado tuvo un aceptable cumplimiento hacia mediados del siglo XVIII con las limitaciones conocidas en cuanto al abastecimiento, a las tropas y a las propias construcciones defensivas. El segundo avance hasta las sierras debió esperar hasta las primeras décadas del siglo XIX para lograr la consabida instalación de fuertes que, desperdigados por el espacio pampeano, se fueron aproximando a las sierras. Ambos momentos se proponen en referencia a la formulación *concreta* de una frontera representada por fuertes, tropas y milicias que primero había sido concebida como línea o límite en las mentes de los funcionarios y vecinos de la región y luego fue instalada efectivamente. Para cada uno de esos momentos, también esquemáticamente, nos hemos referido a cómo los gobernantes y administradores coloniales tornaron cada vez más real una línea de frontera, primero pensada y programada como línea ideal para luego establecer enclaves bastante aislados y finalmente lograr articular fuertes y líneas de fortines<sup>3</sup>.

Boccará<sup>4</sup>, Mandrini<sup>5</sup> y Roulet<sup>6</sup> propusieron acepciones sobre el espacio fronterizo que concuerdan en parte con la que presentamos aquí. Mandrini<sup>7</sup> se refirió a los territorios de la frontera sur como espacios atravesados por complejas interacciones en las cuales se

---

<sup>3</sup> Nacuzzi, “Los caciques amigos”, 2014.

<sup>4</sup> Guillaume Boccará, “Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtel”, *Memoria Americana* 13 (2005): 21-52.

<sup>5</sup> Raúl José Mandrini, “Desventuras y venturas de un gallego en el Buenos Aires de fines de la colonia. Don Blas Pedrosa”, en *Vivir entre dos mundos. Conflicto y convivencia en las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, ed. Raul Mandrini (Buenos Aires: Taurus, 2006), 43-72.

<sup>6</sup> Florencia Roulet, “Fronteras de papel. El periplo semántico de una palabra en la documentación relativa a la frontera sur rioplatense de los siglos XVIII y XIX” (en línea), *TEFROS* 4 [2] (2006), <http://www.unrc.edu.ar/publicar/tefros/revista/v4n2p06/paquetes/roulet.pdf> (Consultada en noviembre de 2013).

<sup>7</sup> Mandrini, “Desventuras y venturas de un gallego en el Buenos Aires”, 2006.

presentaban formas múltiples de complementariedad y convivencia que abarcaban todos los aspectos de la vida social. Roulet<sup>8</sup> propuso considerar como un “tercer término” al espacio fronterizo que sería producto de las experiencias de contacto interétnico e intermediación, un territorio ajeno al control efectivo de las autoridades coloniales, con contornos variables, transitado por todo tipo de personajes. Por su parte, Boccara<sup>9</sup> se refirió al “complejo fronterizo”, enfatizando en la variedad de situaciones que allí se produjeron y destacando las relaciones relativamente estables que entablaron los diversos grupos que coexistieron en el mismo contexto, dando origen a complejos procesos de etnificación, normalización, etnogénesis y mestizaje.

Por otro lado, Gruzinski<sup>10</sup> ha sostenido que “del mismo modo que pueden pasar por etapas transitorias o aleatorias, las fronteras pueden vagar antes de detenerse en posiciones definitivas”. En este sentido, nos interesa insistir en esta comunicación sobre los procesos de efectiva concreción de la frontera. Desde la práctica implementada por la colonia, los gobernantes y funcionarios primero ideaban en sus escritorios una línea de frontera (programando la instalación de fuertes o pueblos), luego sus funcionarios lograban ubicar enclaves (o fuertes bastante aislados unos de otros) y más tarde esas líneas imaginarias se “completaban” con otros fuertes o pueblos, mientras se iba diseñando un nuevo avance territorial.

Entre tanto, se producía la comunicación entre dos mundos distintos y desde ambos lados se implementaban incursiones de reconocimiento de los otros, aunque siempre tenemos mejor documentado uno de los lados de ese contacto. Las interacciones, intermediaciones y negociaciones de todo tipo que caracterizan a la frontera sur de Buenos Aires en los espacios mencionados pueden reconocerse también en la tierra adentro, en espacios más distantes de la línea de fortines que era el territorio mejor conocido y más controlado por la sociedad colonial. En los territorios por los cuales transitaban tanto grupos indígenas como hispanocriollos, en todos aquellos espacios donde se producían encuentros entre ellos, también se desarrollaban situaciones similares a las de la vida cotidiana de las guardias,

---

<sup>8</sup> Roulet, “Fronteras de papel”, 2006.

<sup>9</sup> Boccara, “Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas”, 2005.

<sup>10</sup> Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, (Barcelona: Paidós, 2000), 50.

fuertes, y fortines. Se pueden pensar esas circunstancias como las de una *frontera móvil*, unos escenarios que se generaban al dirigirse un grupo de funcionarios, tropa y vecinos hacia la tierra adentro, hacia destinos que excedían el espacio conocido como frontera sur, creando otros espacios que iban variando según los derroteros de las incursiones hacia la tierra adentro –aunque no se limitaban sólo al itinerario–, que estaban alejados de los enclaves fronterizos, más cercanos a las *tolderías* indígenas, aunque siempre se trataba de espacios donde se reunían e interactuaban representantes de una y otra sociedad.

En relación a las esquemáticas etapas de adelantos de la frontera, pensamos que estas expediciones hacia la tierra adentro jugaban un importante papel en el diseño de nuevos avances por parte del aparato colonial. Eran momentos en que se acentuaba el conocimiento de lo desconocido o poco conocido, en una multiplicidad de acciones que no dejaban de ser exploratorias, para lograr que se fueran “ampliando paulatinamente las áreas bajo vigilancia del estado colonial”<sup>11</sup> y permitir luego avanzar la frontera hacia nuevos enclaves. Reseñaremos a continuación diversas situaciones de reconocimiento de la tierra adentro por parte de la sociedad hispanocriolla en las que se pueden analizar este tipo de interacciones.

## **Las incursiones hacia la tierra adentro**

En una gran variedad de situaciones algunos representantes de la sociedad hispanocriolla penetraban en el territorio de los otros con diversos fines. Por un lado, existieron incursiones de pequeños grupos de hombres que realizaban algún tipo de explotación (ganado, frutos, animales silvestres) en beneficio propio o como emprendimiento privado y también visitas a las *tolderías* indígenas con fines de intercambio de diversos bienes que se pueden considerar negociaciones particulares. Este es un tema poco estudiado aún, sobre el que faltan observaciones más detalladas. Por otro lado, había expediciones oficiales organizadas por la administración colonial por diversos motivos que nos resultan indudablemente los movimientos más visibles hacia la tierra adentro. Estaban

---

<sup>11</sup> Lidia Nacuzzi, “Los grupos étnicos y sus territorios en las fronteras del Río Salado de Buenos Aires (Siglo XVIII)”, *Población & Sociedad* 21 [2] (2014): 49-92.

compuestas por un elenco de personas variable en su número aunque no en su composición: soldados, milicianos, religiosos y algunos vecinos. Llevaban un registro escrito que perduró hasta hoy en día bajo la forma de diario o parte de actividades. Ese registro variaba notablemente según se tratara de partidas punitivas –con pocos datos de detalle– o de reconocimiento del territorio –con abundantes descripciones del paisaje y los recursos– teniendo como protagonistas muy destacados a los grupos indígenas que actuaban como baqueanos, interlocutores, amigos, aliados o víctimas. A continuación nos referiremos a diversos *tipos* de incursiones oficiales hacia la tierra adentro, caracterizando sus objetivos e interacciones más destacadas. Cada una de ellas tenía alguna meta principal –como la recolección de recursos o el reconocimiento de un camino– aunque no dejaban de estar presentes otros fines, como el rescate de cautivos y/o la negociación con caciques, en el marco más general de comunicación entre mundos distintos. Aún durante las acciones punitivas se generaban interacciones no violentas con algunos grupos indígenas que actuaban como aliados y facilitadores.

#### **a) Las expediciones de recolección de recursos económicos**

Desde Buenos Aires y su frontera se realizaban periódicas expediciones hacia la “tierra adentro” para conseguir, entre otros insumos, sal, ganado, maderas y frutas. En general se trataba de empresas no oficiales de las que han quedado registros en los archivos pero no han merecido atención por parte de los investigadores. En el caso de la sal, producto que era utilizado para la elaboración de las comidas y la conservación de los alimentos, su escasez ocasionaba protestas entre los vecinos de la ciudad, a la vez que su recolección representaba uno de los mayores ingresos en los caudales públicos<sup>12</sup>. Para su obtención, las comitivas salían desde Luján y se dirigían hacia las que actualmente denominamos Salinas Grandes –a 550 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, departamento de Atrreuco, provincia de La Pampa– y en la época colonial eran denominadas como “laguna de la sal”.

---

<sup>12</sup> Gabriel Taruselli, “Las expediciones a Salinas: caravanas en la pampa colonial. El abastecimiento de sal a Buenos Aires (siglos XVII y XVIII)”, *Quinto Sol* 9 [10] (2005-2006): 125-149.

El Cabildo era el encargado de organizar las expediciones con previa autorización del Gobernador ya que el abastecimiento de los ciudadanos con productos de primera necesidad era una de sus obligaciones<sup>13</sup>, también se ocupaba de la tropa de escolta para velar por la seguridad de la comitiva. A través de la publicación de bandos, se convocaba a los vecinos interesados en participar, quienes aportaban sus carretas para transportar en ellas la sal que recolectarían de las lagunas. La expedición era presidida por un comandante y, además de los dueños de carretas, asistían hombres con distintos oficios como capataces, peones, picadores, boyeros y pulperos, entre otros. Ninguna otra expedición tenía la particularidad de volver al mismo paraje todos los años, por lo que estas expediciones a las Salinas resultan de sumo interés para observar algunas cuestiones relacionadas con los itinerarios y con el conocimiento del paisaje y de los grupos étnicos de la región. Aunque los expedicionarios se desplazaban por un territorio conocido por el que transitaban todos los años, lo hacían preparados para atacar y defenderse ya que eran conscientes del peligro que corrían al marchar por esos sitios. Esto explica la cantidad de artillería y de municiones de guerra que cargaban en esos traslados: cañones, balas y pólvora entre otros armamentos.

La Guardia de Luján era el punto de encuentro desde donde partían y hacia donde regresaban las carretas. Generalmente, las expediciones eran organizadas en los meses de octubre o noviembre para asegurar el consumo de agua dulce para los miembros de la expedición, la boyada y la caballada, aunque en los años de abundantes lluvias se veía complicado el camino por sectores anegados. Además de las previsiones conectadas con la geografía y los recursos, los funcionarios hispanocriollos debían gestionar las relaciones con los grupos indígenas ya que, para llegar a las Salinas Grandes, era necesario incursionar hacia la “tierra adentro” y negociar distintos aspectos de su paso por esos extensos territorios y de la propia recolección de sal.

En trabajos anteriores<sup>14</sup> hemos destacado que, además de la recolección de sal, existían otros objetivos en estas expediciones. Eran habituales el rescate de cautivos de las tolderías

---

<sup>13</sup> Gabriel Taruselli, “Las expediciones a Salinas”, 2005-2006.

<sup>14</sup> Lidia Nacuzzi, “Diarios, informes, cartas y relatos de las expediciones a las Salinas Grandes, siglos XVIII-XIX”, *Corpus, Archivos virtuales de la alteridad americana* 3 [2] (2013), (consultado en diciembre de 2015).

indígenas y ciertas acciones de inteligencia sobre los grupos indígenas y sus territorios. La documentación que se generaba en torno a las expediciones era muy abundante y comprendía numerosas cartas que evidencian los preparativos previos, solicitudes de ganados, diversos bienes y armamento y los diarios que detallan día por día lo sucedido en el trayecto que separaba la Guardia de Luján de las Salinas Grandes. Entre los últimos se destacan los diarios escritos por José Antonio Baygorri de la Fuente sobre la expedición de 1778, Pablo Zizur en 1786, Manuel Pinazo en 1787, Juan Ignacio Terrada en 1808 y Pedro Andrés García en 1810, entre otros<sup>15</sup>.

Estos diarios se caracterizan, como otros relativos a expediciones de este tipo, por centrarse en la descripción del paisaje, de los recursos naturales y de las interacciones con los grupos indígenas con un alto grado de detalle sobre los aspectos económicos, políticos, sociales y culturales. Abundan las referencias sobre los recursos naturales (topografía, características de los suelos, presencia de vegetación o leña, dimensiones y formas de las lagunas), sobre los caminos por los que se realizaba la marcha (topografía y accidentes geográficos como sierras y quebradas) y sobre los parajes ya conocidos y bautizados previamente por los hispanocriollos. También se consignaba la presencia de caciques y líderes indígenas o de *tolderías* y/o grupos indígenas, en este caso con referencias a su pertenencia étnica así como estimaciones sobre las dimensiones de los asentamientos, cantidad de habitantes y armas que poseían. Sobre los cautivos, hay menciones de los rescates efectuados en el transcurso de las expediciones así como las negociaciones sobre rescates a ser concretados a futuro. Además de estas informaciones, los diarios contienen extensos detalles de las interacciones más cotidianas sucedidas “tierra adentro” entre los grupos indígenas y los hispanocriollos en cada encuentro.

---

<sup>15</sup> Los diarios de Baygorri y Terrada se encuentran en Nacuzzi, “Diarios, informes, cartas y relatos de las expediciones a las Salinas Grandes”, 2013. Pablo Zizur, “Diario de una expedición a Salinas ...”, en *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, comp. Pedro de Angelis, tomo VIII A (Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1972), 431-479. Manuel de Pinazo, *Diario incompleto de 1787*, en Archivo General de la Nación, sala IX, 1-5-3. Pedro A. García, *Diario de un viaje a Salinas Grandes...*, *Colección de obras y documentos*, comp. P. de Angelis, tomo IV (Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1969), 293-391.



En efecto, aunque estos diarios eran escritos para registrar las novedades ocurridas en las expediciones de recolección de sal, abundan en detalles sobre distintas situaciones sociales que se producían en las expediciones y minimizan los pormenores de la extracción de la sal en sí misma. Así, los diarios explicitan las negociaciones para lograr el acceso a las salinas, el pedido por parte de los grupos indígenas de bienes coloniales como yerba, tabaco y aguardiente<sup>16</sup>, la venta de elementos producidos por los grupos indígenas a los miembros de la caravana, entre una gran variedad de situaciones que sucedían en cada expedición.

Para llegar a las Salinas Grandes los hispanocriollos realizaban un itinerario que podía tener variaciones aunque presentaba ciertas regularidades. Partían de la Guardia de Luján, generalmente pasaban por el paraje del Durazno, las inmediaciones de Chivilcoy, Palantelén, cruzaban el río Salado y bordeaban las lagunas de las Hermanas, el médano Partido, Cruz de Guerra, la laguna del Juncal, Cabeza de Buey, la laguna del Monte, los manantiales del Petiso y la laguna de los Patos<sup>17</sup>. Esos eran algunos de los parajes por los que transitaban y se detenían para satisfacer necesidades básicas como beber agua, alimentarse y descansar. También eran los puntos de encuentro con los grupos indígenas que esperaban a las comitivas en todas las expediciones. Las interacciones con los caciques se reiteraban en esos parajes en cada ocasión y, en algunos casos, el encuentro ocurría año tras año con los mismos caciques y grupos.

En este sentido, en estas como en otras expediciones hacia la tierra adentro se invertía la relación de fuerzas entre hispanocriollos e indígenas que se producía cotidianamente en los fuertes y guardias de la frontera. Aquí los que se encontraban en un territorio ajeno y no controlado por fuerzas propias eran los hispanocriollos. Para llegar a las Salinas, las comitivas transitaban por caminos alejados de los enclaves defensivos; por esto se explicaría la cantidad de armamento que se trasladaba en cada expedición, aunque también debemos recordar que –más allá de los acuerdos de paz– ese era el formato en que los

---

<sup>16</sup> Nacuzzi, “Diarios, informes, cartas y relatos de las expediciones a las Salinas Grandes”, 2013.

<sup>17</sup> Ver Laura Aylén Enrique y Sabrina Vollweiler, “El camino a (las) Salinas (Grandes): configuraciones de un recorrido hispano en territorios indígenas durante el periodo colonial”, (ponencia presentada en III Jornadas de la Red Fronteras Coloniales-republicanas estrategias interétnicas en América del sur, Luján, 20 de octubre de 2016).

hispanocriollos generalmente se relacionaban con los grupos indígenas. Las Salinas han sido señaladas como nodos estratégicos<sup>18</sup> en donde confluían intereses y recursos de ambas sociedades en contacto; en ese sentido constituyen un ejemplo casi experimental de una situación de frontera –o un espacio intermedio– a partir de la cual es posible re-pensar las características de los complejos fronterizos y sus fenómenos relacionados.

## **b) las expediciones punitivas**

El diario de Juan Antonio Hernández de 1770<sup>19</sup> registra una expedición punitiva comandada por Manuel Pinazo que los hispanocriollos emprendieron –entre el 1 de octubre y mediados de diciembre– en búsqueda del cacique Guayquitipay, uno de los jefes que no había acordado el tratado de la Laguna de los Huesos, negociado en mayo de ese año con doce caciques considerados amigos. Hay episodios oscuros en el relato aunque, por tratarse de una expedición punitiva, el grado de detalle resulta fuera de lo común.

Este diario (previamente estudiado por Nacuzzi y Enrique<sup>20</sup>) presenta dos partes imbricadas: 1) la descripción del itinerario o espacio geográfico (topografía, agua, pastos, leña, calidad del suelo, etc.) y 2) la descripción de la territorialidad de los caciques (presencia, alianzas intra e inter, tipo de asentamiento de ambos, españoles e indios, etc). El itinerario aproximado, según los parajes que se mencionan en el diario, es el siguiente: Luján, Palantelen, Cruz de Guerra, laguna Tenemeche, sierra del Cairú, río de los Sauces, sierra de la Ventana, y hacia el sur hasta el río Colorado y regresa: río de los Sauces, río Quequén, sierra del Volcán, sierra de Tandil, sierra del Cuello, sierra de Cairú, río Salado y

---

<sup>18</sup> Laura Aylén Enrique, “Paisajes coloniales en las fuentes escritas: una propuesta para re-pensarlos mediante la idea de ‘nodos territoriales’” en *Fuentes y archivos para una nueva Historia socio-cultural*, eds. Silvina Jensen, Andrea Pasquare y Leandro A. Di Gresia (Bahía Blanca: Hemisferio Derecho, 2015), 139-148.

<sup>19</sup> Juan Antonio Hernández, “Diario que el capitán ... ha hecho, de la expedición contra los indios teguelches [...], en *Colección de obras y documentos*, comp. P. de Angelis, tomo IV (Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1969), 107-145.

<sup>20</sup> Lidia Nacuzzi y Laura Aylén Enrique, “Funcionarios coloniales reconociendo los paisajes de la frontera sur” (ponencia presentada en el workshop Poder y territorialidad en espacios de frontera América del sur, ss. XVIII-XX. Abordajes teóricos y concepciones metodológicas, Tandil, 15 y 16 de marzo de 2017).

Luján. Un mapa de Martínez Sierra<sup>21</sup> que reúne varios itinerarios de viajeros del período colonial por la Pampa presenta el recorrido de Hernández sólo hasta la sierra de la Ventana, sin embargo nos parece contundente la descripción de un río de aguas bermejas y un ancho de 400 metros, que sería el río Colorado.

La comitiva hispanocriolla estaba integrada por 166 hombres y acompañaban la expedición trece caciques con 291 indios (123 de lanza y el resto con boleadoras). Entre los caciques, había varios de los participantes del tratado mencionado (Lepin Naguel, Lican Naguel, Caulla Mantu, Epullanca, Alcaluan, Tanamanque, Cadupani) y estaban además: Lincon Naguel, Calfingere, Guente Naguel, Lepiguala, Pallaguala, Guayquibilu. Aunque en el diario no queda explícito, sabemos por otros documentos que uno de los objetivos de la expedición era ubicar y atacar al cacique Guayquitipay –identificado como auca– que no se había presentado a ratificar el tratado de mayo de 1770 con el resto de los caciques amigos. En el acuerdo había quedado consignado, respecto de Guayquitipay, que esos caciques quedaban “obligados a hacerle aceptar la paz, por bien, o por mal” (Tratado 1770). Por otro lado, se menciona en el diario que también se buscaba “castigar” a los “teguelches” o tehuelches que se rotulaban genéricamente como “indios enemigos”, sin mencionar nombres de caciques.

Lincon –quien no había estado presente en la laguna de los Huesos– parece ser el cacique que monopoliza la relación con los hispanocriollos en esta ocasión, tal vez como una manera de ratificar su lealtad a los términos del acuerdo. No integra la expedición desde el primer día, aunque el 10 de octubre sus indios reciben a la comitiva al mando con una ceremonia en las cercanías de la toldería y al día siguiente llega el resto para acampar una noche y continuar camino ya en compañía de este cacique. Se mencionan otros caciques con un protagonismo menos dibujado: Alcaluan y Lepin sobre todo y también Caullamantu y Naguelpan (que era hijo de Lincon). Las acciones punitivas que despliega esta expedición son dos, ambas con gran protagonismo de los caciques amigos. La primera el 15 de noviembre en las cercanías de la sierra del Volcán donde se produce una de las matanzas,

---

<sup>21</sup> Ramiro Martínez Sierra, “*El mapa de las Pampas*”, (Buenos Aires: [Ministerio del Interior], 2 tomos, 1975).

de 104 tehuelches –en su mayoría hombres porque estaban haciendo pastorear la hacienda fuera de los lugares donde habitaban– y se recuperan cinco de las once cautivas que esos indios tenían del cacique Lincon. La segunda matanza ocurrió en la sierra del Cuello el 29 de noviembre: los hispanocriollos secundados por los caciques amigos mataron un número no especificado de indios de Guayquitipay y también recuperaron cautivas que ese cacique tenía del grupo de Lincon. El comandante de la expedición se refiere a los caciques que colaboran con la misma y con sus acciones punitivas como “nuestros indios” y al resto los menciona como “indios enemigos”, denominación que también utiliza Lincon para avisar del éxito o el fracaso de su seguimiento de huellas.

Durante todo el itinerario y las diversas acciones –de búsqueda, bombeo, envío de chasques, ataque– las partidas son mixtas de hispanocriollos e indios. Varias de las decisiones sobre el avance cotidiano de la expedición se toman consensuadamente entre el comandante y los caciques amigos. Los caciques actúan ellos mismos como bomberos y también toman prisioneros a algunos indios bomberos de los enemigos, para obtener noticias de los paraderos indígenas. El botín logrado en las acciones punitivas queda enteramente a disposición de los indios amigos, manifestándose explícitamente que los expedicionarios no habían participado de su reparto.

Otro de los aportes notables del diario son sus datos sobre el paisaje, los topónimos, la disponibilidad de recursos imprescindibles como pastos y agua, las descripciones del terreno y su transitabilidad –facilitada por baqueanos indígenas–, las estrategias de circulación indígenas que los expedicionarios respetan para avanzar por terrenos desconocidos, el registro de accidentes geográficos y su bautismo. El comandante de la expedición va encargando, desde distintos puntos del recorrido, diferentes acciones de localización de los enemigos a cada uno de los caciques, al parecer asignando sectores diferenciados espacialmente. Es posible que cada uno de estos caciques conociera mejor ciertos parajes, o podría tratarse sólo de una estrategia hispanocriolla para hacer participar/comprometer en las acciones a todos los caciques amigos.

De esta expedición destacamos las acciones conjuntas entre el mando de la misma y los caciques amigos –en un mestizaje de prácticas beneficioso para ambas partes– y la alianza conveniente para deshacerse de un enemigo común, Guayquitipay. La enemistad con este último parece una cuestión de larga data para Lincon, que supo aprovechar la colaboración circunstancial de los hispanocriollos para recuperar cautivos y hacerse de un buen botín de ganado.

### **c) las partidas destacadas para acordar paces**

Entre el 17 de octubre de 1781 y el 1 de enero de 1782, el piloto Pablo Zizur realizó una expedición desde San Miguel del Monte hasta el fuerte de Carmen de Patagones, en la margen norte del río Negro, un puesto defensivo que en ese momento tenía sólo un par de años de existencia<sup>22</sup>. El objetivo era buscar un camino entre la frontera sur y ese nuevo emplazamiento colonial, en este sentido podría considerarse una partida de reconocimiento del territorio. Sin embargo, iba acompañado por un grupo de indígenas –entre los cuales se encontraba Cayupilqui, hermano del cacique Lorenzo Calpisqui de sierra de la Ventana– y su misión también incluía negociar la paz y la devolución mutua de cautivos con Calpisqui en sus tolderías. Como era habitual en este tipo de incursiones hacia la tierra adentro, ambos propósitos eran de sumo interés para la empresa colonial y se complementaban. Además, el paso por el territorio indígena para alcanzar el fuerte de Patagones dependía de la negociación en sierra de la Ventana.

El itinerario de la comitiva, luego de cruzar el río Salado de la provincia de Buenos Aires, siguió aproximadamente el curso del arroyo Las Flores hasta alcanzar las tolderías de las sierras y luego se dirigió hacia el sur cruzando el río Colorado para llegar el fuerte mencionado. Esta puede considerarse una de las incursiones más extensas desde la ciudad de Buenos Aires hacia el sur, alcanzando un nuevo hito luego del de Hernández de 1770 que había llegado al río Colorado. La segunda parte del registro del viaje tiene más detalle en cuanto a los lugares reconocidos y sus topónimos, aunque el vocabulario mariner y las

---

<sup>22</sup> Pablo Zizur, “Diario que yo ... voy a hacer desde la ciudad de Buenos Aires, hasta los Establecimientos Nuestros en la Costa Patagónica ...”, *Revista del Archivo General de la Nación* 3 (1973), 65-116.

mediciones del rumbo están presentes en todo el escrito. Así, este diario aporta abundante información sobre los suelos y la topografía, los recursos, la presencia de agua y leña, las lagunas, las sierras y sus boquetes, valles y arroyos<sup>23</sup> y también sobre la negociación de paz, los caciques amigos, las alianzas y las relaciones intraétnicas del grupo del cacique Calpisqui y sus confederados en particular y de la organización política indígena en general<sup>24</sup>.

Más allá de la ausente intención etnográfica de Pablo Zizur y su falta de simpatía hacia los grupos indígenas que hemos señalado antes<sup>25</sup>, su prolongada permanencia de más de 50 días en las tolderías y su participación en varios parlamentos nos brindó observaciones que han permitido analizar la organización territorial, las identidades y los rótulos étnicos de los caciques de las sierras de Buenos Aires y sus diferentes grados de interacción con sus vecinos: pampas del cacique Lorenzo Calpisqui en las sierras, aucaces, ranquicheles, indios de las Salinas de los caciques Katruen y Alcaluan, peguelchus del cacique Negro en el río Colorado. Además el diario presenta datos sobre diversos tipos de intermediación: los lenguaraces y baqueanos, y también los shamanes y ancianos del grupo que opinan y deciden sobre el tratado de paz en calidad de consejeros. Hay algunos silencios en él, como la ausencia de una explicación sobre los temores de uno de los caciques acerca del tratado de paz, que debemos obtener de otros documentos de la época: Cayupilqui acompañaba la comitiva en calidad de reciente liberado de la cárcel de Buenos Aires y no aconsejaba el viaje de su hermano Calpisqui a esa ciudad para cerrar el trato.

Así, el registro de esta expedición pone en evidencia las diversas tensiones políticas entre cristianos e indígenas –propias de la frontera– y, en esa línea, se destaca por aportar datos acerca de la organización política de los grupos y sobre los vericuetos de la negociación pacífica: identificación de los caciques participantes y sus grupos, parlamentos, negociaciones, discusiones, intermediaciones, alianzas intra e interétnicas, en las que se manifiestan los procesos de etnificación y las complejas tramas del contacto interétnico.

---

<sup>23</sup> Cfr. Laura Aylén Enrique, “Tras los pasos de un pionero: el paisaje de la ‘frontera sur’ a través de la mirada de Pablo Zizur a fines del siglo XVIII”, *TEFROS* 4 [2] (2016): 6-40.

<sup>24</sup> Cfr. Lidia Nacuzzi, *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 1998).

<sup>25</sup> Nacuzzi, *Identidades impuestas*, 1998.

#### **d) las partidas o viajes de reconocimiento**

Una de los viajes que puede considerarse más genuinamente como de reconocimiento es el de Basilio Villarino remontando el río Negro desde el fuerte de El Carmen de Patagones.<sup>26</sup> Entre 1779 y 1781 Villarino había realizado otros reconocimientos, sobre todo por mar, de los puertos, costas y desembocadura de ríos cercanos al fuerte recién fundado. Sin embargo, su empresa más conocida es la navegación por el río Negro, continuando luego por el río Limay hacia el sudoeste y por uno de sus afluentes hacia el norte, ocurrida entre el 28 de setiembre de 1782 y el 25 de mayo de 1783. En esta como en sus otras expediciones, Villarino llevó un minucioso diario que ofrecen abundante información acerca de: presencia de agua, leña y pastos, otros recursos naturales disponibles, dificultades o facilidades para el tránsito, aptitud de las tierras para la agricultura y la ganadería, rutas y asentamientos indígenas, sitios estratégicos para un emplazamiento propio –como la zona de Choele Choel y la confluencia del río Negro con el Limay y Neuquén.

El objetivo de este viaje por el río Negro era buscar una comunicación fluvial con la ciudad de Valdivia, en Chile, y con el Pacífico, y verificar la posibilidad de avances extranjeros por ese curso de agua desde el Atlántico hasta la ciudad mencionada. Sin embargo, una vez en el terreno, Villarino tiene noticias sobre el camino que usaban los indígenas para llegar desde el sur de la actual provincia de Neuquén a Valdivia y se empeña en recorrerlo por vía terrestre merced a sus contactos con los caciques de la región –experiencia que no había tenido en sus otros viajes–, imaginando que una comunicación fluida de ida y vuelta beneficiaría económicamente al establecimiento del Carmen en el río Negro.

---

<sup>26</sup> El diario de Villarino ha sido mencionado en numerosos estudios etnohistóricos. Sobre el autor y su actuación como funcionario en la costa patagónica, ver Laura Aylén Enrique y Lidia Nacuzzi, “Basilio Villarino: un funcionario colonial en el mundo indígena. Virreinato del Río de la Plata, fines del siglo XVIII”, *Fronteras de la Historia* 15 [2] (2010): 334-362.

El diario escrito por Villarino<sup>27</sup> fue inmediatamente auditado en Buenos Aires por unos funcionarios –José Varela y José Custodio de Súa y Faría– que no viajaron al terreno y se expidieron en base a ese escrito, a los que sumaron las cartas y opiniones del superior del piloto, Francisco de Viedma. Así, ese conjunto de documentos puede considerarse un singular tratado sobre la geopolítica de la época para la frontera. El capitán de navío José Varela expresó al Virrey que, aunque no todos los datos geográficos eran correctos, Villarino había demostrado que los enemigos de España no podrían invadir sus establecimientos desde el sur, dadas las dificultades “para penetrar hasta Valdivia” o Mendoza, la cantidad de víveres, caballos y mulas que necesitaría un cuerpo de tropa para alcanzar una empresa de ese tipo. Además, había quedado “desvanecido el temor que tuvo nuestra corte (fundado sin duda en las noticias de Falkner)” de una invasión a esas plazas entrando por el río Negro<sup>28</sup>. Para el brigadier José Custodio de Súa y Faría, el río Negro no ofrecía ventajas para el comercio o la agricultura, “por la mala calidad del terreno” y “las dificultades de su navegación”. Sin embargo, opinaba que una invasión era posible desde más al sur, desde “la bahía sin Fondo, y haciendo el desembarco en el puerto de San Antonio”, aunque reflexionaba sobre la imposibilidad de transitar con tropas hasta Valdivia o Mendoza, “por unas campañas incógnitas y despobladas” en las que faltarían caballos, carretas y parajes en los cuales proveerse de víveres<sup>29</sup>.

En cuanto a las interacciones con los caciques de la región, los que más se relacionaron con Basilio Villarino en esta expedición fueron: Chulilaquin, Guchumpilqui y Francisco, aunque menciona a varios otros. Chulilaquin tenía sus territorios en el interior del río Negro -y es allí donde interactúa con el piloto la mayor parte del tiempo- en la “Tierra de las Manzanas” (al sur de la actual provincia de Neuquén), aunque solía realizar amplios desplazamientos territoriales hasta las sierras de Buenos Aires y hasta las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado. Guchumpilqui era otro cacique de la “Tierra de las

---

<sup>27</sup> Basilio Villarino, “Diario del piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro en la costa oriental de Patagonia...” en *Colección de obras y documentos*, comp. P. de Angelis, tomo VIII B (Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1972), 967-1138.

<sup>28</sup> José Varela, “Respuesta del Capitán de navío ... al Virrey, sobre el reconocimiento y diario de Villarino” en *Colección de obras y documentos*, comp. P. de Angelis, tomo VIII B, (Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1972), 1144-1147.

<sup>29</sup> José C. Súa y Faría, “Otra sobre el mismo asunto ...” en *Colección de obras y documentos*, comp. P. de Angelis, tomo VIII B, (Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1972), 1147-1150.



Manzanas” que iba frecuentemente a los campos de la provincia de Buenos Aires a proveerse de ganado para vender en Valdivia. Francisco tenía sus toldos cerca de Choele Choel (una importante isla en el curso medio del río Negro) y estaba en contacto tanto con indios del Colorado como de “Las Manzanas”; acompañó desde tierra, con un grupo de sus indios, parte del recorrido de las embarcaciones de Villarino por los ríos Negro-Limay.

Basilio Villarino se destaca entre los funcionarios que realizaron reconocimientos del territorio porque desplegó sus estrategias particulares con los caciques de la región, en especial con el cacique Chulilaquin. Mostró sus ambiciones de aportar a la colonización de la región y sus planes de poblar y ocupar nuevos parajes, como Choele Choel, donde dio inicio a la fundación de un puesto defensivo. Sus acciones pueden interpretarse como un comportamiento mestizo, puesto que echa mano a nociones propias del mundo indígena y las combina con su propia cosmovisión, por ejemplo, cuando realiza largos discursos a los indios (una práctica indígena) presentándose como un humilde súbdito del rey de España que está obligado a defenderlos de sus enemigos y, por ello, esos indios quedaban a su vez comprometidos a ser fieles y leales vasallos del Rey (un razonamiento propio de su visión del mundo).

## **Consideraciones finales**

Los espacios de frontera han sido caracterizados como permeables, intermedios, flexibles y porosos, en constante redefinición y de contornos variables, escenario del contacto interétnico con múltiples protagonistas y prácticas mestizas que conviven más o menos armoniosamente. En ellos se observan prácticas complementarias, intermediaciones, negociaciones, intercambios y comunicación entre culturas diferentes. Se puede reconocer además la existencia de una frontera material, con fuertes y tropas, y otra menos tangible que incluye todos esos fenómenos antedichos, aunque ambas manifestaciones tienen un anclaje territorial. Todo esto conformaría además un fenómeno que, en palabras de Gruzinski, puede vagar hasta detenerse en posiciones definitivas luego de pasar por diversas etapas transitorias y aleatorias. Pensamos que el movimiento en etapas es

constitutivo de la situación de frontera, a condición de asumir que las posiciones definitivas son a la vez transitorias e intermedias para nuevos movimientos.

Hemos analizado aquí manifestaciones diversas de la *frontera móvil* en los casos en que se presenta con mayor visibilidad, esto es en las incursiones desde el territorio que unos consideran propio hacia los territorios controlados por otros. Como es habitual, esta es una visión desde el lado colonial del fenómeno y nos faltan datos para analizar la concepción indígena sobre la frontera. Sin embargo, cada expedición hacia la tierra adentro tenía un objetivo relacionado con los pueblos indígenas: reconocer un territorio de otros, atacar a los otros, pactar la paz con los otros, recolectar recursos que estaban en territorio de los otros, rescatar cautivos que tenían los otros. Podríamos pensar que estos objetivos eran los mismos cuando se trataba de partidas indígenas que incursionaban hacia el territorio de los cristianos. En ese sentido, la reflexión sobre la frontera en su manifestación espacial y móvil ofrece perspectivas que nos permiten entender cada vez mejor al mundo de la tierra adentro.

Planteamos que los mestizajes y mezclas, la intermediación y comunicación interétnica, la negociación de diversos aspectos sociales y políticos son parte de las *situaciones de frontera* que se dan tanto en la frontera como línea defensiva, como en sus enclaves y parajes conectados y en las ocasiones en que la sociedad colonial se internaba en los parajes y territorios que concebía como poco conocidos y controlados por otros. En ese marco se destaca el “mestizaje de prácticas” (Gruzinski), o las “adaptaciones a formas ajenas” (Quijada) donde el mundo indígena y el de los conquistadores se mezcla, donde hay préstamos mutuos, donde unos y otros incorporan bienes o formas culturales de la otra sociedad en una situación de contacto interétnico.